**EXPLICACIÓN DE LA ORACIÓN DE SAN EFRAÍN EL SIRIO**

[*San Lucas, Arzobispo de Crimea*](http://orthochristian.ru/108552.html)

**

[*San Lucas (Voino-Yasenestky)*](http://orthochristian.com/79907.html) *(1877–1961), arzobispo de Simferopol y Crimea, fue un gran santo de nuestro tiempo. Cirujano y erudito en medicina de profesión, se convirtió en obispo durante feroces persecuciones contra la Iglesia, sabiendo que su camino lo llevaría a la prisión y al exilio. Sus numerosas obras se conservan para nosotros y nos inspiran en la vida espiritual. Al leer esta explicación de esta oración, repetida muchas veces en cada servicio durante*[*la Gran Cuaresma*](http://orthochristian.com/68863.html)*, que descubramos un nuevo significado e inspiración para nuestra lucha de Cuaresma.*

¡Oh Señor y Dueño de mi vida! ¡No me des espíritu de [ociosidad](http://www.orthochristian.com/99968.html) , [abatimiento , ambición y pensamientos vanos!](http://www.orthochristian.com/78188.html)Más bien, un espíritu de castidad, [humildad](http://www.orthochristian.com/60560.html) , [paciencia](http://www.orthochristian.com/82573.html) y [amor](http://www.orthochristian.com/75530.html) concédeme a mí Tu siervo. Sí, oh Señor Rey, concédeme ver mis fallas y no condenar a mi hermano, porque Tú eres santo por los siglos de los siglos. ¡Amén!

La oración de San Efraín el Sirio ocupa un lugar especial en los servicios de la Santa Iglesia. Se repite muchas veces durante los servicios de la Gran Cuaresma.

Esta oración penetra como ninguna otra en el corazón, actúa misteriosamente sobre él y sientes en ella un poder divino especial, excepcional. ¿Por qué es así? Porque fue derramada de un corazón perfectamente purificado y santo, y de una mente iluminada por la gracia divina y hecha partícipe de la mente de Cristo. Es breve, pero sin embargo contiene una enorme riqueza de pensamientos y sentimientos. Extraordinariamente importante es el hecho mismo de que San Efraín pide a Dios que lo libere de todo lo profano y repugnante para Él, y que le conceda grandes virtudes. ¿Por qué pide esto?

Hay personas, y hubo muchas especialmente durante la época pagana, que confían completamente en sí mismas y piensan que todo se puede lograr a través de los poderes de sus mentes y sentimientos. No entienden que muchas cosas, de hecho las cosas más importantes, preciosas y apreciadas, no son accesibles a nuestra mente y nuestros sentimientos. Quien entiende esto, entiende lo que dijo el apóstol Pablo: *Porque lo que hago, no lo permito; lo que quiero, no lo hago; pero lo que aborrezco, eso aborrezco* (Rom. 7:15).

Así habló el más grande y principal apóstol, reconociendo su impotencia para caminar por el camino del bien, comprendiendo profundamente que su carne, que lo arrastra hacia abajo y obstaculiza la ascensión de su corazón hacia Dios, tiene un poder enorme sobre él. Languideció y sufrió porque no hizo el bien que su alma deseaba, sino el mal que no quería.

Profundamente consciente de esto, San Efraín el Sirio rogó a Dios que lo librara de la maldad, que le diera la fuerza para hacer el bien. La fuerza para hacer buenas obras, como la fuerza para librarse de los vicios, es algo que recibimos sólo de Dios. El alma de todo cristiano es vagamente consciente de esto, y por eso la oración de San Efraín el Sirio la conmueve tanto.

Cada hombre tiene su propio espíritu, en su alma están las huellas de los vicios en que peca, así como del bien que hace. Es mucho más fácil liberarse de los vicios individuales que del espíritu de estos vicios. Esto último es posible sólo gradualmente, con la ayuda de Dios.

Y así San Efraín el Sirio pide a Dios no sólo que le dé el espíritu de las virtudes y le libre del espíritu de sus faltas, sino que le pide que su alma se vuelva fragante de Cristo.

**1. La ociosidad: la madre del pecado.**

“¡Oh Señor y Dueño de mi vida! ¡No me des espíritu de ociosidad!” ¿Por qué San Efraín el Sirio comienza su oración con una petición sobre la ociosidad, como si no hubiera faltas peores?

Al observar la ociosidad desde el punto de vista ordinario y cotidiano, vemos que la ociosidad es despreciable y merece toda condenación.

La ociosidad es un vicio muy peligroso, porque es la madre de muchos otros vicios. Las personas ociosas no concentran sus pensamientos en la profunda seriedad de la vida, la enorme responsabilidad que les corresponde no sólo ante las personas, sino también ante Dios mismo.

La persona ociosa es un miembro dañino de la sociedad y el estado. Por su pereza, los ociosos son incapaces de trabajar y caen en la pobreza. Porque son necesitados exigen no sólo lo necesario para la vida, sino incluso placeres que exceden los límites de lo necesario, lujos, etc. Y para obtener dinero, inventan varios otros medios pecaminosos y se vuelven capaces de todo lo bajo: negocios oscuros, mentiras, engaños y sobornos.

Pero aún más destructiva es la ociosidad en la vida espiritual. Sabemos que cualquiera de nuestras habilidades que quedan sin practicar eventualmente se pierde. Si un músico que ha alcanzado la perfección en su forma de tocar abandona su música durante muchos años, perderá esa perfección. Sin ejercicio, cada órgano de nuestro cuerpo llega a un estado flácido y no puede funcionar. Una persona que siempre se acuesta pierde la capacidad de caminar. Quien no trabaja con las manos lleva los músculos de los brazos a un estado de flacidez. La fuerza del cuerpo disminuye cuando está físicamente inactivo. Lo mismo puede decirse de las habilidades del alma. Si una persona no ora, pierde la capacidad de orar. Quien no vela por su espíritu y su corazón se volverá disoluto en el sentido espiritual.

El alma dejada sin ejercicio se vuelve como un campo que no ha sido cultivado por varios años, cubierto de malezas altas e inútiles, espinas y cardos, y muy difícil de hacer fértil. La ociosidad del alma, la falta de práctica en las buenas obras conduce a la destrucción del alma, a un crecimiento excesivo de la cizaña del pecado.

De todos modos, no importa lo difícil que sea, este no es el peor problema. Un problema mucho mayor es que perdemos días de actividad espiritual, los días cortos de esta vida, que Dios nos ha dado para que logremos una meta grande y santa: prepararnos para el Juicio Final. Debemos ser dignos a los ojos de Dios para que Él no nos coloque a Su lado izquierdo, diciendo:   *Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles* (Mateo 25:41).

La vida nos es dada para que nos apresuremos a hacer la gran obra de purificar nuestros corazones, siguiendo a nuestro Señor Jesucristo. Y este seguimiento es después de todo un trabajo intenso, a menudo difícil, y no ociosidad. Este es el sobrellevar el sufrimiento por nuestro Señor Jesucristo, mientras que la ociosidad huye del sufrimiento.

¿Sabes que todos los santos que, al parecer, no necesitaban trabajos y dedicaban todo el tiempo de sus vidas a los *podvigs* espirituales , dividían el día en tres partes: una parte se dedicaba a la oración, otra a la lectura de la Palabra de Dios? , y otra para trabajar. Todos eran ajenos a la ociosidad, considerándola un mal grande y destructivo.

Eligieron varios trabajos: tejer canastas y esteras, jardinería, cortar leña y construir celdas, iglesias y monasterios completos. Vendían su trabajo manual en el pueblo cercano y se alimentaban tanto a ellos como a los pobres. El santo apóstol Pablo predicó todo el día, y por la noche hizo tiendas. Trabajó diligentemente a la luz de la luna o de lámparas, considerando que el trabajo era obligatorio para él. Su principal esfuerzo era apresurarse tanto como le permitieran sus fuerzas hacia la meta: el Reino de Dios. Él tiene estas palabras notables: *Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo alcanzado; pero una cosa hago: olvidando lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante* (Filipenses 3:13-14). Este es un ejemplo de vida contraria a la vida de la gente ociosa.

No se puede encontrar un rastro de ociosidad en la vida del Apóstol Pablo, en la vida de los eremitas que ayunan, en la vida monástica, en la vida de los grandes santos. Todos eran ajenos a él, considerándolo un mal grande y destructivo. Recuerda que la vida es corta, y tenemos que apurarnos como el apóstol Pablo para trabajar para el Señor.

**2. Terrible es el espíritu de abatimiento.**

“¡Oh Señor y Dueño de mi vida! ¡No me des el espíritu de abatimiento!” ¿Qué es el espíritu de desaliento? Es lo que llaman caer en el espíritu. Las personas que no entienden el cristianismo miran a los monjes vestidos de negro y con la cabeza baja, toqueteando sus cuerdas de oración, y piensan que toda religión es deprimente. Pero no es así en absoluto. Eso contradiría el espíritu del que está impregnado todo el cristianismo; porque, dime, ¿puede una persona deprimida poseer la fuerza espiritual y la energía necesarias para caminar por el camino angosto, luchando incansablemente con la pecaminosidad de la vida y ascendiendo de fortaleza en fortaleza?

¡Por supuesto que no! Nuestra religión no es la religión de la depresión, sino de la alegría, de la energía, de la fuerza de voluntad y de carácter, que tiene como fruto no la depresión sino algo absolutamente opuesto, de lo que hablaba el santo apóstol Pablo: Mas el fruto del Espíritu es amor, alegría *. , paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza: contra tales cosas no hay ley* (Gálatas 5:22-23). Este es el verdadero espíritu y la esencia de nuestra religión: no [la depresión](http://orthochristian.com/98332.html) , sino la justicia y el gozo pacífico en el [Espíritu Santo](http://orthochristian.com/47866.html) . ¿Puede alguien que posee este gozo estar deprimido? ¡Por supuesto que no!

Las personas a menudo se equivocan cuando evalúan la apariencia de una persona. El verdadero cristiano no tiene una apariencia que traicione su alegría de vivir. Siempre está en paz, a menudo aparentemente profundamente inmerso en sus pensamientos, traicionando su contemplación. Sus pensamientos están concentrados en lo eterno, en el Reino de Dios, vueltos hacia el Señor Jesucristo, y por eso siempre está serio.

Puede suceder que un cristiano [asceta] se desanime de vez en cuando. Esto les sucede a quienes, habiendo recorrido mucho el camino de Cristo, el camino de la renuncia a las tentaciones del mundo, vuelven a veces al camino anterior; les parece que se equivocaron al dejar ese camino, el camino que la mayoría de la gente sigue. Entonces caen en el desánimo.

El diablo los tienta, legiones de demonios detienen su movimiento y les estorban en su camino de Cristo, presentándoles cuadros de felicidad familiar y amistades benditas, y los apartan de este gran camino hacia aquel camino anterior. Y no pocas veces los demonios tienen éxito en su objetivo: el asceta cae en espíritu y pierde su celo por el Señor Jesucristo. El desánimo es un gran peligro que acecha al cristiano en su camino hacia Cristo. Es una tentación diabólica.

Todos los santos fueron sometidos a estos ataques de los espíritus de las tinieblas, y en la gran mayoría de los casos, por medio de la oración, el ayuno y las vigilias, los cristianos han vencido el espíritu de abatimiento provocado por el demonio.

Pero también hubo aquellos en cuyas almas simplemente creció el espíritu de abatimiento, y se apartaron del camino de Cristo. Y cuando la dejaban, se sentían abandonados por Dios, el vacío y la pesadez de la vida se les hacían insoportables y muchas veces terminaban su propia vida con el suicidio. Por eso todos los santos consideraron el abatimiento como un gran peligro y desgracia, y dirigieron todas sus fuerzas a la batalla contra el espíritu del abatimiento.

A veces, cuando una persona ha alcanzado una vida elevada, puede tener una alta opinión de sí misma, y ​​luego la gracia de Dios la abandona por un tiempo. Luego cae en un estado de ánimo pesado e insoportable: su corazón se vacía de inmediato. En lugar de calidez y alegría hay un profundo abatimiento. El Señor hace esto para recordarle al asceta que camina por el camino de Cristo no por su propia fuerza sino por la gracia de Dios. Esta es una fuente de desaliento.

¿Qué otras fuentes de desaliento existen? La ociosidad es una de las madres del desaliento. Los ociosos que no trabajan y sin embargo están bien materialmente, que se hartan de las cosas buenas de esta vida y se ahogan en el lujo, pierden el gusto por la vida. Se cansan, todo se vuelve aburrido y sin interés, nada les trae alegría, y sus corazones se llenan de desánimo, el enemigo terrible y peligroso de nuestra salvación.

Otra fuente más de desaliento es el pesimismo. Los pesimistas tienden a ver todo bajo una luz turbia, a concentrarse en lo oscuro y lo pecaminoso. Si una persona nota sólo lo oscuro y lo malo de la vida, el abatimiento que se ha apoderado de la mente crece hasta el punto en que la persona no ve nada bueno y termina su vida en el suicidio. Así de fuerte es el espíritu de abatimiento.

La fuente de desánimo que se encuentra con más frecuencia es la amargura y los eventos dolorosos que las personas experimentan en la vida. Muere un allegado, marido o hijo, y la madre cae en una grave depresión. Esta madre no ve nada bueno en el mundo. Ella piensa sólo en el difunto, vaga pensativa alrededor de su tumba, lo imagina acostado en el ataúd, y su depresión se vuelve cada vez más profunda.

¿Cómo puede uno liberarse de esto? Uno no debe recordar el pasado y seguir derramando lágrimas. El difunto está muy, muy lejos. Su alma está de pie ante Dios y los ángeles, regocijándose por su libertad. Uno tiene que esforzarse al máximo para ser llevado en pensamiento a ese lugar donde ahora está el amado amado. Si no nos concentramos en lo oscuro y corruptible sino en lo eterno, el espíritu de abatimiento se irá.

A veces, las enfermedades graves pueden llevar a uno al desánimo. Hay muchas personas que no soportan con paciencia las enfermedades. Pero hubo santos que estuvieron enfermos y postrados en cama toda su vida, y sin embargo alabaron a Dios por ello. Tenemos que acordarnos de esas personas y saber aceptar las enfermedades enviadas por Dios. No debemos rechazar la ayuda de un médico, porque el sabio hijo de Sirach dice: *Honra a un médico con el honor que le corresponde por los usos que puedas tener de él, porque el Señor lo ha creado* (Ecl. 38: 1 RV ). Un médico es un siervo de Dios que puede aliviar el sufrimiento y alejar así el espíritu de desánimo.

Tales son las fuentes y causas del desánimo. El medio principal para luchar con ellos, probado durante muchos años por todos los santos, es la oración. No hay nada más eficaz que la oración, la constante petición de ayuda a Dios.

Cuando comienzas a conversar con Dios, Él te consuela y encamina el espíritu de abatimiento. Y si abres tu corazón ante un pastor de la Iglesia en la confesión y luego recibes el Cuerpo y la Sangre de Cristo, sentirás alivio y alegría, y el espíritu de abatimiento se alejará de ti en desgracia.

No te concentres en lo oscuro, pecaminoso y pesado; ascendiendo a lo alto en espíritu, en vuestro corazón permaneced con Dios, en las cámaras celestiales, donde los espíritus tenebrosos no tienen acceso.

¿Y qué decir de las personas que prácticamente no conocen a Cristo, que buscan el camino mundano, que buscan en el mundo la alegría y el consuelo? Exteriormente, a menudo parecen satisfechos, alegres y felices, como si no tuvieran abatimiento. No creas que eso es cierto. En el fondo de sus almas sus conciencias no cesan de reprenderlos, y nadie puede adormecer por completo su conciencia. Este es el sufrimiento constante de aquellos que persiguen la prosperidad mundana. El apóstol Pablo dice: *Porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, de que no hay que arrepentirse; mas la tristeza del mundo produce muerte* (2 Corintios 7:10).

¡Si no pasas del dolor por el mundo al dolor por Dios, perecerás! Recuerda la seriedad del desánimo. Recuerda que el corazón de un cristiano debe estar lleno del gozo de alcanzar la luz; debe ser ajeno a la tristeza que llena el corazón de los pecadores.

¡Que el Señor Dios tenga misericordia de ustedes y que [San Efraín](http://orthochristian.com/51520.html) los asista en sus oraciones!

**3. La pasión de la ambición (lujuria por el poder)**

“¡Oh Señor y Dueño de Mi Vida! ¡El espíritu de ambición no me da!” ¿Qué es el espíritu de ambición (ansia de poder)? Es el deseo de ser siempre el primero, de tener autoridad sobre los demás. Destruyó al arcángel, el principal de todos los ángeles, convirtiéndolo en satanás y arrojándolo del cielo; destruyó a Coré, Datán y Abiram, quienes envidiaron la gloria de Moisés cuando guió al pueblo de Israel por el desierto hasta la tierra de Canaán. La ambición motivó a todos los [herejes](http://orthochristian.com/91833.html) , que querían instalar sus propias enseñanzas en lugar de las enseñanzas de la Iglesia y convertirse en líderes de la Iglesia. También ha habido escritores con pensamientos depravados, que han corrompido a generaciones enteras.

El Señor Jesucristo condenó el amor al poder, la pasión de los [escribas y fariseos](http://orthochristian.com/102017.html) por ser los primeros, su deseo de sentarse a la cabecera de la mesa en las fiestas, de recibir los saludos apropiados para los gobernantes del pueblo. El Señor dijo a sus discípulos ya través de ellos a nosotros: *Si alguno quiere ser el primero, será el último de todos y el servidor de todos* (Mc 9,35). El amor al poder está en contra del espíritu del Evangelio, en contra del espíritu de [humildad](http://orthochristian.com/82253.html) . Sin embargo, esta pasión se apodera de todos, y no hay nadie que no esté infectado con ella, incluso los niños pequeños.

Todo el mundo trata de alcanzar una alta posición, sedientos de ascensos, deseos de honor. Muchos padres educan a sus hijos para que sean ambiciosos, para que tengan la pasión de ser los primeros, y así los corrompen.

¿Es tan difícil entender que los primeros puestos son para unos pocos? Todos no pueden ser los primeros. Esencialmente este es el destino de personas exclusivas, marcadas por Dios. Un número extraordinariamente grande de personas se esfuerzan por ocupar altos cargos en la sociedad y no están por debajo de ningún medio para alcanzar este objetivo; usarán conexiones, buscarán favores o se convertirán en lacayos solo para poder lograr su objetivo.

Muy a menudo el Señor los castiga; su miserable pasión termina en fracaso. Se amargan, se niegan a hacer cualquier trabajo comunitario, se repliegan en la vida familiar y se encierran en ella. Pero el amor al poder los atormenta incluso allí, y atormentan a los miembros de su familia. No hay paz en sus almas.

Por eso San Efraín el Sirio en su gran oración pide a Dios que lo salve del espíritu corruptor de la ambición tan contradictorio con la humildad.

A todos se nos ha mostrado el camino hacia el honor, un honor por encima de todos los honores, con el cual ningún logro terrenal puede compararse. Es el camino hacia el Reino de Dios, donde podemos llegar a ser amigos, hijos de Dios. Alcanzaremos este objetivo solo esforzándonos por cumplir todos los mandamientos de Cristo.

Tenemos que recordar que el Señor puede sacarnos al camino ancho cuando no lo buscamos, cuando no aspiramos a la gloria terrenal. Él a menudo nos da esta gloria aparte de nuestros propios esfuerzos y voluntad. La verdadera gloria huye de los que la persiguen y tienen sed de ella, y encuentra a los que huyen de ella.

Sin pensar en la autoridad sobre otras personas, necesitamos profundizar en cómo podemos desarrollar nuestras habilidades y talentos que Dios nos ha dado, para avanzar en el desarrollo de nuestras habilidades en silencio, desconocidos para el mundo. Y puede resultar de la forma en que ha resultado muchas veces, que el Señor eleve a tal persona a un pináculo inalcanzable de gloria. Acordaos que el Señor sabe indicar a las personas, distinguir las obras humanas hechas según los mandamientos de Cristo. *Si alguno quiere ser el primero, será el último de todos, y el servidor de todos.*

¡Orad con San Efraín el Sirio para que sea librado del grave vicio del amor al poder!

**4. La capacidad de proteger los labios.**

“¡Oh Señor y Dueño de mi vida! ¡No me des el espíritu de [la charlatanería !”](http://orthochristian.com/102119.html)San Efraín ora por esto, el santo profeta David dice en su salmo: *Pon, oh Señor, un centinela delante de mi boca, y una puerta de cerco alrededor de mis labios* (Sal. 140:3), y el mismo Señor Jesucristo dijo que toda *palabra ociosa que hablaren los hombres, de ella darán cuenta en el*[*día del juicio*](http://orthochristian.com/44972.html) (Mt. 12:36). ¡Qué grave y difícil es dar cuenta de cada una de esas palabras! ¿Y podría haber algo más que pudiera ser más fácil de considerar que las palabras?

Nuestra capacidad de decir palabras en un grado significativo nos hace semejantes a Dios mismo. Dios creó el mundo con una palabra, y la palabra de Dios tiene un poder enorme y poderoso. La palabra humana también es poderosa. Con una palabra el [profeta Elías](http://orthochristian.com/47873.html) resucitó a los muertos, cerró los cielos, trajo la lluvia a la tierra y la detuvo.

¿Cuál es el poder contenido en una palabra? Una palabra vive; vive cien, mil años. Las palabras pronunciadas por los grandes profetas de Dios, que vivieron muchos siglos antes del nacimiento de Cristo, los santos apóstoles y los ascetas divinos, siguen vivas hoy. La enseñanza de la Iglesia de Dios ha vivido durante milenios. Y si una palabra vive mil años, eso significa que es muy importante. Una palabra que sale de nuestros labios siempre produce un efecto extraordinariamente profundo no sólo en quienes nos rodean sino también en las personas que están lejos de nosotros.

Las palabras sabias y llenas de gracia de los santos fomentan la justicia en el mundo, crean bondad eterna, mientras que las palabras malas y pecaminosas traen deshonra, odio y un daño enorme a toda la humanidad. Las palabras viven, son llevadas como ondas de radio al espacio y se vierten en el corazón y la mente de las personas.

Una palabra es una fuerza enorme que [une](http://orthochristian.com/82314.html) o divide a las personas. Si a las personas se las privara de las palabras, serían como los animales, y la vida humana se desmoronaría. ¡Cuán grande y profundo es el significado de la palabra humana!

Hemos conocido a no pocas personas en nuestras vidas, particularmente mujeres, que parlotean sin restricciones y sin cesar, y sus lenguas no conocen la fatiga. Todo lo que dicen es vacío y no sirve para nadie.

San Efraín el sirio oró a Dios para que lo librara de la palabrería. Tenía miedo de caer, para que su lengua no lo destruyera, y estos miserables charlatanes no tienen miedo. La gente a menudo los aguanta, es mejor que los dejen parlotear. Piensan que están siendo escuchados con placer, pero todos en el fondo de sus corazones están cansados ​​​​de ellos. Si la lengua se mueve y habla ociosamente, entonces los pensamientos vagan sin rumbo fijo, sin concentrarse en nada profundo, verdadero o importante. El alma tiene hambre, la persona es detestable para los demás y se causa un daño grave a sí mismo. Tal es el significado de la charla ociosa. Las personas sabias que viven una vida espiritual nunca hablan ociosamente. Siempre tienden a estar en silencio y concentrados.

¿Cómo podemos escaparnos del vicio de la palabrería, qué podemos hacer con nuestra lengua desenfrenada? Necesitamos hacer lo que hace San Efraín el Sirio: orar a Dios por la liberación de este vicio, y el Señor Jesucristo nos concederá lo que le pidamos. Necesitamos evitar la comunicación con los charlatanes y buscar la compañía de algunos sabios, que solo abren la boca para decir algo beneficioso. Necesitamos estar extremadamente atentos a nosotros mismos, adquirir el hábito de observar lo que dice nuestra lengua, en qué se ocupa, y acostumbrarnos a controlarla, no permitir que se mueva ociosamente.

Cuanto más se concentra uno en lo más importante, en lo interior, en lo verdadero, más tiempo tiene para leer el Evangelio, la Sagrada Escritura, las obras de los santos padres, y sobre todo sondear su sabiduría y aversión a la cháchara.

¡Es una gran cosa adquirir poder sobre la lengua! El santo apóstol Santiago en su epístola escribió: *Si alguno no ofende en palabra, éste es varón perfecto, y capaz también de refrenar todo el cuerpo* (Santiago 3:2). Esto significa que subyugar la lengua es la meta más alta de la vida espiritual: refrenar todo lo malo que atrae a la carne. Empieza por refrenar la lengua, y si logras este objetivo, alcanzarás la perfección y refrenarás todo tu cuerpo. Y una vez que hayas refrenado todo tu cuerpo, serás puro y justo ante Dios.

Que el Señor os conceda a todos esta pureza y rectitud, y que la oración de San Efraín el Sirio os lo recuerde siempre.

**5. Fruta Prohibida**

“¡Oh Señor y Dueño de Mi Vida! ¡Dame el espíritu de castidad!” Este gran asceta y habitante del desierto,   [San Efraín el Sirio](http://orthochristian.com/51520.html%22%20%5Co%20%22) , rogó al Señor que le diera el espíritu de [castidad](http://orthochristian.com/46284.html) . ¿Podría ser realmente que tuviera necesidad de esa oración? Consideró que necesitaba orar por esto, y todos los santos oraron por esto. ¿Por qué? Sabían que el Señor exige de ellos, como de todos los cristianos, la castidad total e incondicional no sólo de la carne, sino también del espíritu.

No nos atrevemos ni debemos atrevernos a violar la castidad ni siquiera en nuestros [pensamientos](http://orthochristian.com/92895.html) , porque el Señor mismo dijo *que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón* (Mateo 5:28). Y nadie puede escapar de los pensamientos impuros; incluso los santos lucharon laboriosamente durante muchos años con estos pensamientos.

[St. Martinian](http://orthochristian.com/101142.html) , un hombre joven, luchó desesperadamente con esta pasión. Cuando una mujer libertina logró entrar en su celda y tentarlo, él se paró sobre brasas para vencer la pasión carnal en sí mismo.

Así lucharon los santos; lucharon tenazmente, durante décadas, y los principales medios de su lucha fueron   [el ayuno](http://orthochristian.com/101356.html) ,   [la humildad](http://orthochristian.com/34598.html) y   [la oración](http://orthochristian.com/34598.html) ; porque todos los santos padres dicen que no hay mayor defensa de los deseos carnales que la humildad. Si una persona adquiere humildad, se libera de esos deseos, mientras que aquellos que son orgullosos y ajenos a la humildad son totalmente vencidos por esta baja pasión.

Cuántos cristianos hay entre nosotros que no consideran grave este pecado. “Después de todo, soy piadoso”, dicen, “procuro con todas mis fuerzas cumplir los mandamientos de Cristo y hacer obras de   [misericordia](http://orthochristian.com/57400.html) . ¿No me perdonará el Señor esta pequeña debilidad?” Aquellos que hablan así están profundamente equivocados, porque lo que ellos llaman una “pequeña debilidad” el apóstol Pablo llama algo completamente diferente. Es tan estricto en este sentido que en su Epístola a los Efesios dice: *Pero fornicación y toda inmundicia, o avaricia, ni una sola vez se nombre entre vosotros, como conviene a los santos* (Efesios 5:3). Ni siquiera debemos pensar en ellos o hablar de ellos,   *como corresponde a los santos* .

Dice que ni los fornicarios, *ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que abusan de sí mismos con los hombres* ... entrarán en el reino de Dios (cf. 1 Cor 6,9.10). ¿No está el apóstol señalando que un pecado contra el séptimo mandamiento no es solo una debilidad que Dios perdonará?

¿Y dónde estarán los adúlteros y fornicarios? Eso sí, en un lugar de oscuridad y tormentos eternos. No creas que esta pasión es natural. La naturaleza del hombre está estructurada para que las personas den a luz a niños, y no para que se contaminen a sí mismos. Porque, como dice el apóstol Pablo: *Todo pecado... es fuera del cuerpo* (1 Cor. 6:18): soberbia, ambición, amor al honor, envidia o ira, porque estas son pasiones del alma; pero la fornicación y el adulterio están en el cuerpo mismo y contaminan no sólo el alma sino también el cuerpo.

¿No dijo que nuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo (cf. 1 Co 6, 19)? Y si es un templo, entonces debe ser puro. Destruir el templo del Espíritu Santo, hacer de nuestros cuerpos los *miembros de una ramera* , como exclama el apóstol, ¡ *Dios no lo quiera!*(cf. 1 Co. 6:15).

Cuántas personas hay entre los que convierten su pasión carnal en continua gratificación, lo que los iguala a los animales, que se distinguen por una lujuria particular. Es vergonzoso que un cristiano sea igual a un pavo real.

*Porque* , dice el apóstol Pablo en su Epístola,   *esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación, que os abstengáis de fornicación; que cada uno de vosotros sepa poseer su vaso en santificación y honra; no en los deseos de la concupiscencia, como los gentiles que no conocen a Dios* (1 Tes. 4:3-5). *Porque no nos llamó Dios a inmundicia, sino a santificación* (1 Tes. 4:7).

Él dijo: *Y los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos* (Gálatas 5:24). Si quieres, recuerda esto: Debes crucificar, mortificar tu carne junto con las pasiones y las lujurias. Se necesita una enorme lucha diaria con toda la carne.

Los que han caído en pecado contra el séptimo mandamiento tienen que salir del abismo de esa caída, pidiendo ayuda a Aquel que dio el mandamiento de la castidad (cf. Ex 20, 14; Mt 5, 27-28) ; orad con fervor y recordad constantemente lo que dice el mismo apóstol: *Y no os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución* (Efesios 5:18). En el vino está la fornicación, porque nada despierta tanto nuestra lujuria como la embriaguez; después de emborracharse, una persona se convierte en un juguete en manos del demonio de la fornicación.

El que come mucho, está siempre ocioso, no quiere trabajar, se ocupa sólo en diversiones, bailar, ir al teatro y al cine, y duerme como una mujer mimada hasta las once de la mañana, por supuesto se convertirá en fornicario, porque es haciendo todo lo posible para que la lujuria carnal lo lleve por su propio camino.

Pero si una persona está constantemente ocupada con trabajo físico o intelectual, no tiene tiempo para distraerse de su trabajo. Habiendo terminado su trabajo, por la noche solo anhelará descansar; no le interesan las lujurias ni el libertinaje. Por tanto, los medios para librarse del dominio del demonio de la fornicación son la humildad, el ayuno, el trabajo intenso y la oración constante.

Cuán infinitamente desdichados hay, sobre todo entre los jóvenes, que leen con gran deleite novelas y cuentos apasionados o ven películas en las que hay sucias escenas de libertinaje. ¡Qué veneno y qué encendido de lujuria es esto!

Deberíamos hacer lo contrario: no deberíamos encender la lujuria con descripciones y escenas pornográficas, sino esforzarnos por controlarlo. Tan pronto como notemos que han aparecido imágenes lujuriosas en nuestros pensamientos, tenemos que tratar de agarrar a la serpiente por el cuello y romperle la cabeza, porque si no lo hacemos de inmediato, se colará imperceptiblemente en nuestros corazones y los convertirá en la pasión. de fornicación. Tenemos que recordar lo que dijo el profeta David en el Salmo 136: Bienaventurado el que toma a los niños y los estrella contra la roca (cf. Sal 136, 9). Los niños son nuestras lujurias y pasiones, y tenemos que luchar contra ellos de inmediato, antes de que se hayan fortalecido, antes de que se apoderen de nuestros corazones.

Sólo cuando te hayas corregido y recibido el perdón de este pecado en el Sacramento de la confesión podrás tener acceso al Santo Cáliz.

Este es un asunto serio. Ahora puedes entender por qué San Efraín el sirio ora a Dios para que el Señor le dé el espíritu de castidad. Todos los que somos culpables de este pecado oremos también a Dios por la salvación y gritemos como San Efraín: ¡Ayúdanos, ayúdanos en esta lucha! ¡Somos débiles y Tú eres fuerte!

**6. La humildad es la raíz de todo**

“¡Oh Señor, da el espíritu de [humildad](http://orthochristian.com/60560.html) a tu siervo!” El mandamiento de la humildad es el primer mandamiento de las Bienaventuranzas, y eso significa que es el más importante. Acordaos de la palabra de Dios pronunciada por el [profeta Isaías](http://orthochristian.com/103586.html) : *Porque así dice el Alto y Sublime que habita en la eternidad, cuyo nombre es Santo; Yo habito en el lugar alto y santo, también con el que es de espíritu contrito y humilde, para vivificar el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los contritos (Is. 57:15)* .

¿No quieres que Dios viva contigo? Él mismo dice que vive en el corazón de los humildes y los aviva; ¡y necesitamos tanto nuestros corazones para ser avivados! Dios mira a los humildes de corazón. Recuerde las palabras del santo apóstol [Santiago](http://orthochristian.com/107498.html) : *Por lo cual dice: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes* (Santiago 4:6). ¿No quieres recibir la gracia? Y si la queréis, entonces acordaos de lo que es la humildad, que es una virtud sagrada muy agradable a Dios, y por la cual Dios vive con nosotros y nos mira desde arriba. La humildad es lo opuesto al [orgullo](http://orthochristian.com/71829.html) .

Los humildes son los pobres de espíritu, que mientras recuerdan sus faltas vuelven la mirada al fondo de su corazón, vigilando constantemente cada movimiento del corazón, vigilando cada impureza que ha penetrado en él. Los santos, que siempre cumplieron los mandamientos de Cristo, ante cuya mirada mental estuvo siempre el Señor, recordaron constantemente la humildad y oraron por ella.

Cristo dice: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón* (Mateo 11:29). El Señor nos ordena que aprendamos la humildad de Él, y la humildad se demostró a lo largo de toda Su vida terrenal. Los labios humanos no se atreven a hablar de la humildad que Él manifestó en el juicio contra Él, y más tarde cuando fue llevado al Gólgota y [crucificado en la Cruz](http://orthochristian.com/70041.html) , tan grande fue. Esta es la humildad del Salvador.

La humildad es una cualidad del alma humana que los orgullosos estigmatizan con desdén, pues tales personas no creen en Cristo y han elegido otros ideales de vida. Llaman esclavitud a la humildad, ya los humildes esclavos privados de la cualidad más requerida y necesaria: el espíritu de protesta, de oposición contundente a las graves desgracias de la humanidad. Estigmatizan con desdén la humildad y exaltan la energía de la rebeldía y la protesta.

Sin embargo, los humildes no son esclavos sometidos a la fuerza, sino vencedores espirituales del mal. Solo ellos llevan una verdadera lucha contra el mal, porque arrancan sus fuentes mismas en sus propios corazones y en los corazones de los demás. No creen que la causa del mal resida únicamente en la imperfección de las relaciones sociales. El hombre humilde es un verdadero guerrero de Cristo, y no un esclavo. Pero las personas verdaderamente humildes son muy difíciles de encontrar en estos días: nadie piensa en la humildad; está prácticamente olvidado.

Sólo quien camina por el camino de Cristo y aprende de Él la humildad espiritual piensa en la humildad. Sólo los santos son verdaderamente humildes. La base de su santidad consiste en el hecho de que nunca se exaltan a sí mismos sobre los demás, sino que juzgan sólo su propio corazón.

Las personas soberbias y arrogantes juzgan y discuten todo sin pensarlo, aun lo más alto y sagrado; mientras que los humildes están desprovistos de toda arrogancia; son modestos y tranquilos. Hay muchos ejemplos para probar esto en las Sagradas Escrituras y en las Vidas de los Santos.  [El justo Abraham](http://orthochristian.com/76290.html) fue grande ante Dios, escuchó los grandes mandamientos y fue llamado amigo de Dios, pero nunca dejó de llamarse polvo y ceniza; el profeta y rey [​​David](http://orthochristian.com/97168.html) dijo sinceramente de sí mismo: *Gusano soy, y no hombre, afrenta de los hombres* (Sal. 21:7); el [apóstol Pablo](http://orthochristian.com/103309.html) se llamó a sí mismo el primero entre los pecadores, era ajeno a la arrogancia y al engrandecimiento propio, y no temía admitir sus debilidades:*Estuve con vosotros en debilidad, y en temor, y en mucho temblor* (1 Cor. 2:3). Tan profunda humildad es un ejemplo para todos nosotros, que estamos infinitamente lejos de ella.

Necesitamos pensar todo el tiempo en ello y pedirle ardientemente a Dios al respecto. No podemos adquirir esta virtud a través de nuestros propios esfuerzos. La humildad es un gran don de Dios. Y cada paso en el camino de Cristo nos acerca a él. Cuando el corazón de un hombre es humilde, el Espíritu Santo viene a morar en él. Qué gran felicidad es ser humilde, y qué difícil es esto.

El Señor Jesucristo dijo a Sus discípulos: *Pero el que es mayor entre vosotros será vuestro servidor. Y cualquiera que se ensalce, será humillado; y el que se humilla será enaltecido* (Mat. 23:11-12). ¡Cuántas veces se cumplen estas palabras de Cristo! Cuántos orgullosos ha habido que tratan de estar por encima de los demás y luego caen por debajo de todos; y cuántas personas humildes, insignificantes, nacidas de la pobreza, que comenzaron su vida en medio de penurias y sufrimientos, que luego se convirtieron en grandes personas. Esta es la historia de muchos santos.

El Señor dice: *Pero muchos primeros serán postreros; y los últimos serán los primeros* (Mateo 19:30). Así es en la vida, y así será en el Juicio Final: Los primeros orgullosos e insolentes serán los últimos, mientras que los últimos, los insignificantes y despreciados, serán los primeros.

Debemos recordar las palabras del santo apóstol Pedro:   *Así mismo, jóvenes, sométanse al mayor. Sí, sométanse todos los unos a los otros y revístanse de humildad, porque Dios resiste a los soberbios y da gracia a los humildes* (1 Pedro 5:5). Dios da gracia a los humildes. Tenemos que esforzarnos por alcanzar la humildad, y pedirla constantemente a Dios.

¡Oh Señor y Dueño de mi vida, el espíritu de humildad dame a Tu siervo! Si una persona tiene continuamente en su memoria estas santas palabras, recibirá de Dios la profunda virtud de la humildad.

**7. La salvación está en la paciencia**

“¡Oh Señor y Dueño de mi vida! ¡Dame el espíritu de [paciencia](http://orthochristian.com/105296.html) !” ¡Oh, cuánto necesitamos pedir el espíritu de [paciencia](http://orthochristian.com/82573.html) ! Después de todo, el Señor dijo: En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas (Lc. 21:19). ¿Por qué es así? Porque, dice Jesucristo, estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan (Mateo 7:14). El camino de la vida cristiana es el camino de [los sufrimientos](http://orthochristian.com/44885.html) y dolores. El Señor advierte que en el mundo tendréis aflicción: pero confiad; Yo he vencido al mundo (Jn. 16:33). Solo a través de la paciencia podemos salvar nuestras almas.

El santo [apóstol Santiago](http://orthochristian.com/107498.html) dice en su Epístola: *Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas tentaciones; sabiendo esto, que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Mas tenga la paciencia su obra perfecta, para que seáis perfectos y íntegros, sin que os falte cosa alguna* (Santiago 1:2-4). ¿Tu escuchas? La paciencia nos hace perfectos, sin insuficiencias. Y el santo apóstol Pablo escribe: *Porque os es necesaria la paciencia, para que, habiendo hecho la voluntad de Dios, podáis recibir la promesa* (Heb. 10:36), la vida eterna, el Reino de Dios.

Todos los apóstoles, además de [San Juan el Teólogo](http://orthochristian.com/93504.html) , soportaron muchos grandes dolores, persecuciones, hostigamientos y finalmente la muerte martírica (solo el apóstol Juan murió de muerte natural). *Las señales de un apóstol,* dice el apóstol Pablo, *fueron hechas entre vosotros con toda paciencia, en señales, prodigios y prodigios* (2 Cor. 12:12). *Antes bien, aprobándonos en todo como ministros de Dios, en mucha paciencia, en las tribulaciones, en las necesidades, en las angustias* (2 Cor. 6:4). Con estas palabras el gran apóstol nos mostró a todos su carácter apostólico con gran paciencia. Y a su discípulo, el obispo Timoteo, el apóstol ordenó:*Pero tú, oh hombre de Dios... sigue la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre* (1 Timoteo 6:11). Y si al obispo se le ordenó que siguiera la paciencia, entonces, ¿cómo podríamos los cristianos débiles rechazar esta virtud? Después de todo, sin paciencia es imposible entrar en el Reino de Dios.

¿Cómo podemos adquirir paciencia? Necesitamos acostumbrarnos a aguantar, a tratar de no quejarnos y, por supuesto, a pedir ayuda a Dios. Si le pedimos a Dios persistentemente, entonces sucederá con nosotros según las palabras de Cristo:   *Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos les dará buenas cosas? que le pregunte?*(Mateo 7:11).

A Dios le agrada que le pidamos paciencia, y Dios ayudará a todo cristiano que le clame bajo el peso de su propia cruz. Pero las personas malvadas que buscan el camino pecaminoso también piden ayuda. Dios no les concederá ninguna ayuda, pero el Señor ayudará a los buenos cristianos que caminan humildemente por el camino de Cristo; después de todo, en las palabras del apóstol, *Dios es fiel, que no permitirá que seáis tentados más de lo que podéis; antes bien, con la tentación haréis también una salida, para que seáis capaces de sobrellevarla* (1 Co. 10:13).

Nuestras aflicciones no son nada comparadas con lo que nuestro Señor Jesucristo soportó por nosotros. Por lo tanto, debemos perseverar, buscando consuelo y puestos los ojos en *Jesús, el autor y consumador de nuestra fe; el cual por el gozo puesto delante de él soportó la cruz, menospreciando la vergüenza, y se sentó a la diestra del trono de Dios. Pues considerad a aquel que soportó tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que vuestra mente no os canséis ni desmayéis* (Hebreos 12:2-3).

Esto es en lo que tenemos que fortalecernos, y de lo cual podemos sacar infinitamente paciencia. Mire más a menudo la Santa Cruz, el Salvador crucificado en ella, y ore junto con [San Efraín el Sirio](http://orthochristian.com/51520.html) : “Oh Señor y Maestro de mi vida, concédeme el espíritu de paciencia a tu siervo. Amén."

**8. Dios es amor**

¡Oh Señor y Dueño de mi vida! ¡Dame el espíritu de amor, tu siervo!” Pedimos [amor](http://orthochristian.com/81083.html) , que es el cumplimiento de toda la ley; porque si no tenemos amor, según las palabras del apóstol Pablo somos como *metal que resuena o címbalo que retiñe* (1 Cor. 13:1).

Incluso si tenemos el *don de profecía* , un gran conocimiento y una fe que puede mover montañas, pero no tenemos amor, no somos nada. El mayor ejemplo de amor por nosotros es nuestro Señor Jesucristo. Lo que Él dijo e hizo a lo largo de los días de Su vida terrenal, y luego manifestado en el Gólgota, es un sermón incesante sobre el amor.

Esto significa que adquirir amor es la tarea más grande e importante de nuestra vida, por la cual debemos preguntar siempre, persistente e incesantemente, porque nuestra meta es acercarnos a Dios y llegar a ser perfectos, como nuestro Padre Celestial. Sin amor estamos infinitamente lejos de Dios.

El amor es lo que todos los santos cultivaron en su corazón, lo que Dios nos da como supremo gran don de gracia para cumplir los mandamientos de Cristo.

Incluso si una persona nació con un corazón manso, tiene que soportar mucho y pasar por el camino de la cruz del sufrimiento para que una llama cada vez mayor de amor cristiano pueda arder en su corazón; para que el amor que le fue dado desde su nacimiento se multiplique siempre.

Especialmente abundantemente los corazones de las personas rebosaban del amor de Cristo durante el tiempo de los apóstoles, cuando las personas se amaban como hermanos, cumpliendo el mandamiento de Cristo. El Señor pudo decir de ellos: *En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros* (Jn. 13:35).

Pero ahora ha llegado el tiempo terrible del que habló el Señor, indicando las señales de Su Segunda Venida: *Y entonces muchos serán escandalizados, y se entregarán unos a otros, y se aborrecerán unos a otros* (Mat. 24:10). Esto es lo que atormenta y desgarra nuestros corazones.

Es insoportablemente duro vivir y ver que en lugar del amor de Cristo, ruge el odio mutuo. Qué horror indecible vivimos no hace mucho tiempo, cuando el pueblo alemán, que se confiesa cristiano, en conjunto con otros pueblos cristianos, cometió actos de maldad y burla de la ley del amor como nunca hemos visto. ¿Y qué quedó de la ley del amor en aquellos malhechores que enterraron vivos a niños y ancianos, aplastaron con piedras la cabeza de los recién nacidos y exterminaron a decenas de millones de personas?

¿Qué podemos hacer, cómo debemos mirar esto? El Amor de Cristo debe ser preservado en los corazones del pequeño rebaño de Cristo hasta la Segunda Venida de nuestro Señor Jesucristo. Esos horrores de la vida, la injusticia y la violación del amor que vemos todos los días y todas las horas deben impulsarnos a calentar este gran sentimiento en nuestros corazones.

El amor sólo se da a los que cumplen los mandamientos de Cristo, a los que caminan sin volverse atrás en el camino angosto del sufrimiento, sin importar lo que amenace. Y si caminamos firme e incesantemente hacia la luz del amor, entonces la alcanzaremos.

Pero, ¿podemos [amar a las personas que nos odian](http://orthochristian.com/75530.html) ? Es posible, al menos en alguna pequeña medida. La piedad es una forma de amor santo. ¿No deberíamos apiadarnos con todo nuestro corazón de aquellos que han rechazado a Cristo y caminan por el camino de la destrucción? Es difícil amarlos con un amor puro y pleno. Pero es posible compadecerse de ellos, con contrición de corazón que estas personas desafortunadas están en el camino de la destrucción.

El gran [San Serafín de Sarov](http://orthochristian.com/72651.html) fue atacado por ladrones que lo golpearon casi hasta la muerte, le rompieron el cráneo y las costillas, de modo que perdió el conocimiento y permaneció varios meses en el hospital del monasterio hasta que la Santísima Madre de Dios vino y lo sanó. ¿Cómo se relacionaba con sus ofensores? Fueron apresados, entregados al juez, pero San Serafín rogó con lágrimas que no los castigaran, que los dejaran en libertad. Se compadecía de ellos, y eso significa que los amaba.

Muchos santos han mostrado tal amor. Dios mismo se compadece y tiene paciencia con los pecadores. Aquí hay un ejemplo de la longanimidad de Dios. Una vez vivió un terrible ladrón llamado Varvar, que asesinó a más de 300 personas. Pero después trajo tal arrepentimiento a Dios que no sólo fue perdonado y amado por el Señor, sino que también recibió de Él el don de obrar milagros.

Que nadie diga: “¿Cómo puedo amar a los que envenenan nuestra vida y avergüenzan a nuestro pueblo?” No debemos maldecir sino compadecernos de esas personas, y entonces el amor de Cristo penetrará gradualmente e imperceptiblemente en nuestros corazones. El hombre que siempre se esfuerza por agradar a Dios, ora, humilla su carne y trata de ayudar a las personas que lo rodean, adquirirá sin falta este gran sentimiento y amor de Cristo, y será derramado a rebosar en su corazón, como lo fue en San Serafín de Sarov por todos los miles de pecadores que vinieron a él.

Oren por tal amor a Dios con las palabras de [San Efraín el sirio](http://orthochristian.com/51520.html) : “¡Oh Señor y Maestro de mi vida, el espíritu de amor dame, Tu siervo!” ¡Y Dios os dará el espíritu de amor!

**9. Mira dentro de tu propio corazón**

“¡Oh Señor y Dueño de mi vida! ¡Concédeme ver mis propias faltas y no condenar a mi hermano, porque bendito eres por los siglos de los siglos!” Condenar a nuestros hermanos es nuestro hábito más arraigado y el más importante de nuestros vicios. No tenemos la costumbre de preocuparnos por observar nuestros propios vicios. No tenemos la costumbre de preocuparnos por la observación de nuestros propios pecados. Nadie se preocupa por esto más que un pequeño número de personas que se han dedicado por completo a Dios. Para ellos, la ocupación más importante y principal es buscar la impureza y el pecado en sus propios corazones. Y cuando lo encuentran, hacen todo lo posible por librarse de él.

Aquellos que condenan a otras personas se consideran indignos de condenación y velan solo por los pecados de otras personas. Todos somos como moscas, que se posan en racimos sobre heridas supurantes, enfocando toda nuestra atención en las heridas pecaminosas de nuestro prójimo mientras nos olvidamos de las nuestras.

[*No juzguéis*](http://www.orthochristian.com/60661.html)*, para que no seáis juzgados* (Mat. 7:1), dijo el Señor Jesucristo. No juzguéis a nadie,*porque con el juicio con que juzguéis, seréis juzgados* (Mateo 7:2). La mayoría de las veces[juzgamos](http://www.orthochristian.com/104781.html) a las personas incorrectamente, injustamente, porque no conocemos sus corazones. Tal vez ya se han arrepentido por lo que los hemos juzgado, y Dios ha enmendado su pecado. Por esto nosotros mismos estamos sujetos a la condenación de Dios.

*Con la medida con que midáis, se os volverá a medir* (Mat. 7:2). Si repartimos una medida plena, con bondad, relacionándonos con condescendencia con los pecados de nuestro prójimo, esa es la medida que el Señor nos dará y cubrirá nuestros pecados. *¿Y por qué miras tú la paja que está en el ojo de tu hermano, y no consideras la viga que está en tu propio ojo?*(Mateo 7:3). ¡No notamos nuestros propios grandes pecados, pero vemos los pequeños pecados de nuestro hermano!

Recuerda las palabras del [apóstol Pablo](http://www.orthochristian.com/62734.html) : *¿Pero por qué juzgas a tu hermano? ¿O por qué menosprecias a tu hermano? porque todos compareceremos ante el tribunal de Cristo* (Rom. 14:10). Cuando juzgamos a los demás, no recordamos y no nos damos cuenta de que nosotros mismos somos culpables de lo mismo. Después de todo, sabemos que el Señor juzga no solo por los delitos cometidos, por los cuales juzgamos a nuestros prójimos, sino también por el juicio mismo: ¿ *Y tú piensas esto, oh hombre, que juzgas a los que hacen tales cosas, y hacen lo mismo? que escaparás del juicio de Dios?*(Romanos 2:3).

El Señor nos ordenó arrepentirnos y no juzgar a los demás. Recuerde cómo el Señor fue llevado a la mujer sorprendida en adulterio y le preguntó: “Rabí, Moisés ordenó que tales pecadores fueran apedreados. ¿Qué dices?" el Señor Jesucristo no respondió de inmediato. Se sentó en el atrio del [templo](http://www.orthochristian.com/102894.html) y escribió algo en la arena con Su dedo. Y sólo cuando le preguntaron por segunda vez les dio una respuesta que sólo Él podía dar: “El que de vosotros esté sin pecado, que tire la primera piedra”. Con gran vergüenza, cabizbajos, los escribas y [fariseos](http://www.orthochristian.com/100727.html) que se consideraban justos comenzaron a dispersarse uno tras otro. Y Jesús finalmente levantó la cabeza y preguntó: "¿Dónde están los que te han condenado?" La mujer respondió: “Nadie me ha condenado”.*Tampoco yo te condeno: vete y no peques más* (cf. Jn 8, 4-11).

¡Qué asombrosa prohibición de juzgar! Cuán claramente dijo el Señor que debemos pensar ante todo y sobre todo en nuestros propios pecados. El que esté libre de pecado, que tire la primera piedra. No estamos sin pecado; eso significa que no nos atrevemos a arrojar piedras de condena a los demás.

Tenemos que recordar las palabras del apóstol Pablo: ¿ *Quién eres tú que juzgas al siervo de otro? para su propio amo está en pie o cae. Sí, será sostenido: porque poderoso es Dios para sostenerlo en pie* (Rom. 14:4). Todos estaremos de pie ante el Juicio de Cristo. Tenemos que pensar en este Juicio sobre nosotros, y no preocuparnos por los pecados de otras personas.

Sagrada e importante es la ley del amor. Pero, ¿qué debemos hacer si vemos a una persona que obviamente ha pecado y merece condenación? Debemos clamar a Dios con las palabras del salmista: *Pon, oh Señor, un centinela delante de mi boca, y una puerta de seguridad alrededor de mis labios* (Sal. 140:3) y roguemos al Altísimo con toda nuestra alma por esa persona: “Señor, perdónalo”. Y entonces el demonio de la condenación se apartará de nosotros, porque los demonios siempre huyen de la oración. Si juzgamos, el demonio permanecerá, y entonces será muy difícil deshacernos de ese pecado.

¿De dónde viene el demonio de la condenación? del orgullo; del hecho de que muchos se consideran superiores y mejores que otros. A menudo juzgamos por envidia, atacando a los que han recibido dones espirituales y viven piadosamente, o han recibido dones materiales y viven cómodamente. También juzgamos por ira u odio, porque tenemos muy poco amor en nuestros corazones. Simplemente juzgamos por el arraigado hábito de juzgar constantemente a las personas.

Tenemos que desarraigar este hábito, y no permitir que crezca en nosotros; tenemos que atraparnos a nosotros mismos en cada juicio. Después de detenernos una o dos veces, aprenderemos a abstenernos de juzgar a los demás y detenernos, habiendo centrado nuestra mirada espiritual en nuestros propios corazones.

Por lo tanto, esforcémonos por cumplir lo que pedimos en la oración de [San Efraín el Sirio](http://www.orthochristian.com/51520.html) : “¡Oh Señor y Maestro de mi vida! Concédeme ver mis propias faltas y no condenar a mi hermano, porque bendito eres por los siglos de los siglos. Amén."